

# **Lápices como navajas**

Adriana Godoy  
Lisandro Benítez  
Viviana Raed

## Mirame, vení

Marcos estaba a punto de cumplir diez años.

Su tío, Ildefonso, siempre tuvo problemas para recordar cumpleaños, y si bien asistía a las fiestas de su sobrino a última hora, nunca llevaba regalos. La justificación que Ildefonso daba era que esta fecha siempre solía coincidir con alguna desgracia: cuando Marcos cumplió seis, Ildefonso tuvo su tercer divorcio; a los siete, ocurrió un accidente de automóvil frente a su casa, donde hizo valer por fin su curso de paramédico; a los ocho, adoptó un gato al que nunca dió nombre, que luego murió envenenado y fue enterrado en el patio de la casa de Marcos, en una tumba coronada por una lápida de madera que rezaba “aquí yace Salem”. Marcos le había puesto aquel nombre el mismo día de su entierro. A los nueve, Marcos perdió a su padre, Ildefonso a su hermano, Andrómeda a su esposo, y el mundo perdió un artesano de manos muy capaces.

Marcos quería a su tío a pesar de sus olvidos.

Para el décimo cumpleaños, finalmente apareció con un regalo.

Marcos le había pedido a su tío un diábolo, el juguete de malabarista. Ildefonso le puso sobre la mano un diminuto envoltorio, cuando Marcos lo abrió, vio que era otro tipo de diábolo: un tubo de timpanostomía. Su tío estalló con una risa sibilante y ruidosa, que luego se transformó en tos.

*Es una bromita nomás, el tío te regala algo mejor para el próximo cumple, pasa que no tiene plata el tío ahora.*

Ildefonso se topó con la mirada asesina de su hermana, y entendió todo. *Bueno, para Navidad mejor, así no esperamos tanto.*

Revolvió el pelo de su sobrino.

El 24 de diciembre, Ildefonso, cumplió con su palabra: trajo el diábolo que correspondía, además de una lámpara decorativa, y una máscara bastante peculiar. Larga, de cabeza completa, toda blanca, con una nariz muy gruesa y pronunciada, sin orificios para los ojos, solo dos para la nariz.

Al entregarle todo esto a su sobrino, volvió a resolverle el pelo, y lo abrazó. *Yo también lo extraño loco.*

La máscara tenía un aspecto artesanal, de un acabado con muchas imperfecciones, y huellas digitales grabadas sobre la pintura.

El abuelo paterno de Marcos, Ernesto, también tenía algo para él:

un viejo reel de pesca, con la manivela quebrada, que había pertenecido a su bisabuelo, un chaleco salvavidas, y una gorra de visera ancha con protección para la nuca, y una caña nueva.

*Cuando tengas hijos, te toca a vos.*

Marcos recibió los regalos con entusiasmo, pero la máscara fue lo que más llamó su atención, y se la colocó.

Al no tener orificios para ojos ni orejas, quedó sumergido en una oscuridad casi total, los resquicios de la nariz dejaban que algo de luz se colase.

Los sonidos se oían distantes y extraños, como en un sueño, o debajo del agua. Luego se fueron apagando, las risas, la música, el griterío de sus familiares y amigos, hasta que ya no pudo oír ni ver nada.

Evocó una pesadilla que tenía cuando era pequeño, que aún recordaba vívidamente: perdido en una oscura cueva, escuchaba los gritos de sus padres llamándolo. Veía una salida a lo lejos, rayos de luz diurna filtrándose. Por más que corría y corría, no parecía alcanzarla. Tropezaba con afiladas piedras y se lastimaba las rodillas y las manos. Él también gritaba pero parecía haber perdido su voz.

Aún así, aquello era preferible a esto. Aquí dentro, no había nada. No podía moverse, no había ninguna salida hacia donde correr, ni las voces de sus padres que lo apremiaban desde alguna parte, estaba solo con sus pensamientos. *Fue solo un mal sueño, nada más*

En la pesadilla, aunque no lograra alcanzar aquella luz esquiva, algo, o más bien, alguien, lo rescataba, lo abrazaba y le secaba sus lágrimas a la tenue luz del velador junto a la cama.

*No tengas miedo, ya pasó.*

*Sí, podés dormir con nosotros.*

Aquí, dentro de la máscara, eso no sucedió, o al menos, no como esperaba. Cuando sus ojos comenzaron a habituarse a la oscuridad, todo un mundo se abrió ante él. Infinito, insondable, sin luna ni sol, un gran campo abierto, sumido en una noche eterna. Un mundo vacío pero vivo, una negrura de diferentes tonos lo cubría todo. Sonidos y aromas totalmente nuevos. En este lugar el color negro tenía su propio olor, y era además el único.

Se sentía seguro en este mundo, que lo acunaba y lo rescataba, lo ocultaba, similar a cuando se cubría totalmente con las colchas en su cama. Aquí el oxígeno no se iba, o no lo necesitaba. Este mundo lo sostenía, igual que lo sostendría una madre.

O un padre.

*Alcanzame eso de allá.*

*Agarralo firme al remo, sin miedo.*

*¿Sabés cómo tirar la caña? Es así mirá.*

*Una vez yo agarré uno de este tamaño, tenía fuerza el desgraciado. Mirame, vení. Así es como se pincela, más largo, como cuando acariciás al gato. Vos al gato no lo manoteás para acariciarlo, hacés un trazo largo, te detenés, y arrancás de vuelta.*

Hubo un ronroneo a sus pies. Se le pegaron los pelos al pantalón. Había otras cosas para hacer, tantas cosas.

Pero decía que hoy no, que mañana sí.

Mañana sí.

Lisandro Benítez

## **El espanto de pensarla**

El aullido inconfundible presagiaba noches de insomnio. Otra vez una rata en el lavadero. Otra vez el espanto de pensarla subiendo por mis pantorrillas con sus uñitas lacerando mi tranquilidad. La misma sensación de asfixia e inmovilidad. El control perdido. La pavora. Un horror escurridizo.

El sonido atroz provenía de la canasta que estúpidamente conservé, con sus piedras cenozoicas. Asqueada y en puntillas me animé a mirar.

Una rata enorme rodeada de crías rosadas chilló en el aire del lavadero dividiendo la mañana en triturados pedazos.

Madre.

Otra madre habita mi espacio. Compartir esa animalidad fecunda conmigo la convierte en una igual. Una aliada. La miro acicalar uno por uno a sus hijitos translúcidos. Cuánta energía le pone. Su memoria genética es infalible. Ahora me mira como miran los que conocen el mismo secreto inconfesable.

Ese útero minúsculo y el mío están hablando

Vivi Raed

## La espera

Vicente se despertó y miró su reloj: eran las 6,30 de la mañana. Es temprano, pensó. Sin embargo decidió levantarse, tenía que hacer ese trámite que se había demorado demasiado y no quería llegar tarde. *Era muy importante*. Estaba a punto de lograrlo. Si todo se encontraba en orden iba a conseguir la autorización para llevar a Elena de vuelta a su casa. Nadie mejor que él para cuidarla.

Se lavó despacio y se vistió con cuidado, se puso los pantalones marrones y la camisa celeste que tanto le gustaban a Elena. Fue hasta la cocina y preparó café. Una gota cayó sobre su camisa, contrariado pensó en sacársela pero luego cambió de opinión. Esa camisa era muy importante, tanto como lo que tenía que hacer. Debía llegar a tiempo y la mancha podía disimularse bajo el abrigo. Y en eso estaba cuando se asomó por la ventana de la cocina y vio las violetas de Elena aplastadas. *¡Otra vez ese gato vagabundo!* pensó irritado y salió para arreglar las plantas antes de que se hiciera tarde. No podía dejar así las flores de Elena. Nunca se lo perdonaría.

Cuando terminó de acomodar el jardín volvió apresurado a la cocina, lavó la taza, se puso su abrigo, revisó que la mancha no se viera, y partió hasta la dependencia pública.

Llegó un poco antes de la hora de su turno, tomó un número y se sentó a esperar. Luego de un rato y siendo que no lo llamaban, se acercó a la ventanilla. *Su trámite no podía esperar*. La empleada le contestó que ya lo llamaría y volvió a su asiento.

Vicente consultaba su reloj cada cinco minutos y al cabo de media hora más volvió a levantarse para averiguar, esta vez un poco más impaciente, las razones del retraso. La empleada, levantó la vista ausente y otra vez le contestó que debía esperar y Vicente con mucho enojo volvió a su lugar. Observó que dos personas que habían llegado después que él habían conseguido terminar su trámite y ya se iban. Entonces comenzó a golpear su bastón contra el piso, en un rítmico toc toc que se fue intensificando a medida que pasaban los minutos, las horas. *No podía seguir esperando*.

Se levantó por tercera vez y, aunque no le gustaba ser mal educado, increpó furioso a la empleada, ella sin dejar de mirar la pantalla de su computadora le dijo que debía seguir esperando. Vicente sintió entonces una leve tibieza sobre los labios, se palpó y se dio cuenta que le sangraba la nariz. *No en este momento*. No

quería manchar la camisa que tanto le gustaba a Elena no quería no podía seguir esperando no correspondía él había llegado a tiempo. Comenzó a reclamar que él había llegado antes que otras personas y que ya habían pasado casi tres horas de su turno que su trámite era de vida o muerte que tenía derecho a que lo escuchara, que exigía que lo atendieran de inmediato. Al ver que la empleada seguía sin prestarle atención estampó su bastón contra el vidrio de la ventanilla que se partió en mil pedazos.

La empleada abrió grandes los ojos, un trozo de vidrio se incrustó en el cuello de la mujer. Desesperado Vicente quiso ayudarla y en su apuro tropezó con el cable de la computadora que cayó al piso y un sinfín de chispas saltaron en todas direcciones alcanzando las cortinas y la infinidad de papeles acumulados en los escritorios. El incendio se desató voraz la gente huía despavorida en estruendosa estampida empujándose los unos a los otros las puertas no podían abrirse el sistema eléctrico fallaba el fuego avanzaba todos se apretujaban gritaban se quemaban convirtiéndose en una masa informe. Desde el piso Vicente seguía vociferando que su trámite era demasiado urgente. *¡No podía esperar!*

Lejos de allí, desde una ventana de la habitación del hospital se podía ver la densa columna de humo elevarse desafiante hacia el cielo limpio. Junto a esa misma ventana Elena yacía conectada a una máquina. No podía verlo. Estaba ausente. Solo podía esperar.

Adriana Godoy

Textos escritos durante el taller “cuarenta centímetros cuadrados”, inspirado en cuentos de Samanta Schweblin.

Coordinación y Edición: Carolina Pittinari - Espacio Mariposa

Maquetación: Jesica Bolonté

Impreso en Gráfica Aldo Barbero - Río Tercero - Cba

Noviembre 2025